

ced suya la tierra, ceñíanse la estola de los Pontífices, para reunir al sumo Imperio el sumo sacerdocio; y descontentos con tantas grandezas, transformábanse en dioses, y se ponían á sí mismos, como los astros, en el coro luminosísimo de las constelaciones del cielo: que á tales increíbles extremos suele arrastrar el ejercicio del despotismo, tan nocivo para aquellos que lo ejercen como para aquellos que lo sufren. La política cesarista desorganizó completamente el sacerdocio romano. Los principillos, en edad bien corta, atraviesan el umbral de los templos, para que les ciñan la estola de los sacerdotes, y ostentan así dignidades debidas, en edad en que no puede contraerse mérito alguno, á su consanguinidad con el César. Augusto hacia Pontífices á sus nietos Cayo y Lucio; César fundaba conventos ó asociaciones religiosas que tuvieran por lazo de union el parentesco estrecho con los representantes de la dignidad Imperial. Así los sacerdotes, nombrados antes por tantas fórmulas sacramentales, nombrábanse ahora por el capricho de cualquier emperador. Y estos magnates de Roma solían ejercer bien variamente la alta dignidad del sacerdocio como los Césares la altísima de Pontífices. Augusto, por ejemplo, restablecía las rogativas olvidadas; restauraba las lupercales perdidas; reponía los dioses lares en sus aras y los ceñía de flores uniendo su busto al busto de las divinidades domésticas y callejeras; declaraba su casa del Palatino casa pontificia; ponía cerca de su hogar los altares de Vesta; quemaba los pronósticos de los caldeos; rehacía los libros de la Sibila; y numeraba entre sus cortesanos á la gran diosa de Pesimunto, al Baco de la India, á la Belona de Comanes, al Serapis de Egipto, elevándose entre este coro de divinidades, como pudiera elevarse el sol entre su coro de planetas. Tiberio iba á sacrificar en los altares pontificales, y daba á sus colegas en sacerdocio para el sacrificio cuchillos de plomo, no fuera que les asaltase la tentacion de esgrimir en el Pontífice Máximo sus cuchillos de acero. Calígula designaba sus hermanas, que de todo tenían menos de vírgenes, al colegio de las Vestales; y nombraba á su caballo, no ya cónsul como dice la tradicion, sino Pontífice Máximo. Claudio recitaba las oraciones públicas en la tribuna de los rostros é instituía sacrificios en honor de sus parientes, Vestales en honor de sus mujeres, y juramentos por su nombre tan temible y tan temido como la misma laguna Estigia. Neron tenia por toda

diosa una muñeca, y gustaba de ver los áureos ídolos en moneda corriente, siendo así mas útiles, segun su impiedad, que inmóviles sobre sus altares. Domiciano tenia celos de Júpiter Capitolino; y se llamaba á sí mismo Dios omnipotente, y movía á los sacerdotes á que le sacrificasen rebaños enteros y á que le envolviesen en nubes de incienso. Commodo era sacerdote á los trece años, tribuno á los catorce, emperador á los quince, y dios siempre, pues deseaba que, al sacudir su hermosa cabellera rubia empolvada de oro, las gentes le llamasen sol de los soles, y los devotos le siguiesen como un Olimpo ambulante; para lo que tenia la aureola de Apolo en las sienes, la piel de leon de Hércules en la espalda, el caduceo de Mercurio en la mano, y llevaba delante de sí á los flamines y en torno de sí á las Vestales, perdido en los vértigos y en las locuras de sus insensatas apoteosis. Los pretorianos elevaban al jóven Heliogábalo, cuando apenas tenia catorce años, á la alta dignidad de Pontífice, además de Emperador, y él se elevó á sí mismo por su propio albedrío á la alta dignidad de Dios. Grandioso templo, donde lucian los trofeos de todas las religiones, le albergaba; sacro fuego guardado desde la fundacion de Roma por la gran Vestal brillaba á sus piés; despojos de todos los cultos amontonábanse en torno de sus altares; corria la sangre á torrentes del cuello de los bueyes inmolados y el vino del cuello de las ánforas sacras; entre nubes de incienso y cadencias de músicas danzaban hermosas ninfas con canastillos de flores en las cabezas, y altos dignatarios vestidos á la usanza oriental soportando vasos de oro que contenian las entrañas de las víctimas entre las cuales se contaban muchas veces los hijos de los patricios degollados como corderos: ofrendas horribles á un dios, cuyos únicos timbres eran la locura, que le arrastraba, no solo á terribles insensateces, sino tambien, á protervos y abominables crímenes. No acabáramos nunca si hubiéramos de contar todas las infamias de estos Pontífices, los cuales demostraban con sus excesos de sensualismo la urgente necesidad, que tenia el mundo, de un nuevo culto, cuyos dogmas y cuyas prácticas destruyesen esta divinizacion de la carne y trajeran la santa apoteosis del espíritu.

¿De qué suerte el grande Pontificado idólatra se convirtió en el grande Pontificado cristiano? Problema histórico de primer orden y de difícilísima

solucion. La crítica se encuentra con dos manantiales de noticias igualmente sospechosos, dos manantiales poco claros y aprovechables. Ved de un lado el menosprecio de los antiguos romanos por las sectas judías, y ved de otro lado el entusiasmo de las sectas cristianas por Cristo y por el Cristianismo. El primer sentimiento nos priva de grandes materiales históricos; y el segundo sentimiento nos procura datos contrarios por completo á la verdad. Poco podemos aprender respecto al primitivo Cristianismo en autores clásicos que apenas mencionan el nombre de Cristo, de aquel oscuro trabajador judío, que al dejar el taller de su padre, se iba por las orillas de los lagos, por los bordes de los desiertos; en regiones donde no se hablaba la lengua latina y donde solo se conocia la ciudad de Roma por el horror que inspiraba su violenta dominacion; oscuro y misterioso profeta, parecido á tantos otros como predicaban doctrinas apenas perceptibles al orgullo de los sabios y de los poderosos del mundo; y que debia, contra la ciega imprevision de las aristocracias antiguas, extinguir el fuego sagrado en los altares de Vesta; acallar la voz de los oráculos en las cavernas de Numa; poner la cruz, el patíbulo de los facinerosos judíos, sobre las cimas del eterno Capitolio; derribar los dioses vencedores de todo el mundo y sustituir los Césares con los Pontífices cristianos, que del seno oscuro de las Catacumbas se levantaron á resplandecer en las cimas de la historia universal y á dominar en el seno de la humana conciencia. Y si la imprevision idólatra nos ha privado de tantas y tantas noticias necesarias para el esclarecimiento de la verdad histórica, ¿cuántos hechos falsos y cuántos juicios equivocados no deberán encerrarse en el entusiasmo de sectarios perseguidos y acosados, que conservan por tradicion mil hechos y los trasmiten y los desfiguran con los toques de la leyenda, al pasarlos y transmitirlos desde los labios de unos á los oídos de otros? Mientras Tácito habla tan solo de las supersticiones judías á la ligera; mientras Séneca confunde las ideas cristianas con las ideas pitagóricas; mientras Plinio menciona los nuevos sectarios de Bitinia y apenas sabe que existen tantos y tantos en Roma; los creyentes, los fieles al Crucificado suponen miles de leyendas; confunden á Neron y al Antecristo; pueblan de piadosas tradiciones la cárcel Mamertina situada al pié del Capitolio y al ingreso del foro; fingen coloquios entre el filósofo de

los estoicos y el apóstol de las gentes; y dicen sériamente, como el veheméntísimo Tertuliano, que Tiberio en persona se dirigió un día, tomado del vino nuevo de las ideas reveladas, á proponer al Senado el reconocimiento de Cristo como Dios y de los cristianos como únicos depositarios de la verdad dogmática y de la moral eterna; piadosas ilusiones de la propaganda acogidas y consagradas como verdades inconcusas, por la fe exaltada hasta el sacrificio y el martirio. Dos sitios existen hoy mismo en la Roma pagana, donde ver con los ojos y tocar con las manos los orígenes del Pontificado. Es uno de ellos el Ghetho de los judíos; y otro de ellos la Catacumba de los cristianos. En el Ghetho, en sus calles sombrías, en sus paredes sucias; sobre aquel suelo de lodo; por las encrucijadas donde apenas penetra el esplendor del cielo y la luz del día; reuníanse aquellos judíos en los cuales empezó verdaderamente el Cristianismo, bien sea con su carácter judío ó bien sea con su carácter helénico. Y otro de los sitios, donde puede hallarse el primer albor de la autoridad católica, y el primer germen de la nueva dignidad pontificia, es el sitio misterioso de las Catacumbas regado con tantas lágrimas y henchido de tantas oraciones, consuelo de las persecuciones y del martirio. Entre estas Catacumbas hay las del Vaticano, en las cuales debieron recibir tierra sagrada y dormir el sueño eterno los primeros Obispos de Roma. Pero la mano misma del Pontificado ha destruido el archivo glorioso de sus títulos. Al levantar la Basílica, que obtiene el justo título de Capitalidad eterna de todas las Iglesias católicas, y poner sus fundamentos, que sirven de base y raíz á tantos templos, ha destrozado las Catacumbas, mas necesarias á la historia del Pontificado, y ha destruido las tumbas mas antiguas en cuyos sublimes senos se encerraban y contenian los cadáveres y esqueletos de los primeros Papas. El libro pontificio cuenta que Anacleto, sucesor de Clemente, á quien San Pedro mismo consagró Obispo de Roma, fué el primero en construir la cripta pontificia al pié del Vaticano, donde le enterraron á él mismo y enterraron á sus sucesores inmediatos, Lino, Cleto, Evaristo, Sixto I, Telesforo, Higinio, Pio I, Eleuterio, y en fin, Víctor. Pero resulta completamente imposible confrontar el texto de los libros pontificios con las tumbas de los Papas romanos.

Creyése, á fines del siglo xvii, segun cuentan Northcote y Brownlow en su

*Historia de Roma subterránea*, que se había encontrado la tumba del inmediato sucesor de Pedro. En efecto, cuando Urbano VIII reconstruyó el sitio por unos conocido con el nombre de Altar de la Confesion y conocido por otros con el de tumba de San Pedro, encontróse restos de sarcófagos de mármol, y sobre la cubierta de uno de ellos esta inscripcion sencilla: *Linus*, sin aditamento alguno y sin el nombre de *episcopus*, que denotaria su alta dignidad. Suponen los escritores piadosos que esta inscripcion de tanta sencillez demuestra cómo aquellos sepulcros, á pesar de hallarse enterrados en tinieblas eternas y en ciudades subterráneas, se destinaban á una secta perseguida, la cual debia tomar estas indispensables precauciones contra la persecucion y contra los perseguidores. Pero la fatalidad ha querido que los dos sitios, por la tradicion designados como sepulcro uno de San Pedro y como sepulcro otro de San Pablo, hayan sido destruidos por las teatrales Basílicas, dignas de los antiguos palacios asiáticos, que se elevan resplandecientes de lujo deslumbrador en glorificacion y apoteosis de los dos primeros apóstoles del Cristianismo. Parece imposible, mientras podeis ver el bello sepulcro de Metella y el inmenso sarcófago de Adriano; mientras podeis pasear entre dos filas de sepulturas monumentales la Via Apia, recogiendo las cenizas de los paganos en los giros del aire; apenas descubris el sitio donde se encontraban los lugares destinados al sueño eterno de los Pontífices. ¿Qué quereis? Tachado nuestro siglo de irreverente y de poco amigo de las tradiciones y de la historia, por su carácter revolucionario, resulta á la meditacion que solo él comprende el culto debido á los recuerdos y solo él interpreta la voz exhalada por las ruinas. Con ser indudablemente Roma una de las ciudades, donde la estética tiene mas templos y la arqueología mas sacerdotes, ha profanado mil veces bárbaramente así los monumentos paganos como los monumentos católicos, todos los cuales merecian religioso respeto por indicar unos los orígenes de nuestros derechos y otros los orígenes de nuestras creencias. ¿Quereis un ejemplo de cómo ha tratado la Roma cristiana los mismos monumentos cristianos? Sobre el antiguo cementerio Vaticano levantó Constantino la Gran Basílica de San Pedro, destinada en los futuros tiempos á cabeza de todos los monumentos católicos del mundo; y así como el cementerio fuera el lugar preferido por los magnates romanos

para su tumba, la Basílica lo fué tambien por los magnates católicos. Allí dormia su eterno sueño el emperador Honorio, uno de los últimos representantes y una de las últimas personificaciones de la dignidad imperial; y al lado de Honorio su mujer María, hermana del gran Estilicon, de aquel bárbaro, que, de haber sido posible, salvara con su esfuerzo el Imperio romano en los últimos naufragios. Mil años hacia que reposaba allí escondida entre las nuevas construcciones, cuando un día, de pronto, al destruir para reedificarla cierta capilla consagrada á Santa Petronila, reaparece esta muerta como una evocacion de aquellos dias terribles, como un cadáver despedido por el mar de los tiempos pasados á las orillas de los tiempos presentes, como una aparicion á la cual daban trágica realidad los huesos mondados por la muerte y la rugosa piel curtida por el tiempo, tanto mas cuanto que iba envuelta en rico brocado, ceñida de velos de oro, coronada de deslumbradora pedrería, tal como la cantara el último poeta pagano que tañía por última vez la lira fabricada por los Apolos y por los Orfeos, arrancándole sus postrimeros arpegios: circunstancias todas que debian hacer de aquellos restos algo sagrado é impedir la profanacion cometida por un Papa, por Pablo Farnesio, el cual los redujo todos á oro fundido, á fin de venderlos y sacarles miserable y pasajero provecho. En este bárbaro olvido cayeron todas las inscripciones funerarias de los Papas, segun vemos en tantas y tantas obras como se han escrito sobre los subterráneos romanos, y la mas antigua resulta la referente á Celestino I, que murió el año 32 del siglo v. Y Gregorovio, en su bella monografía sobre las tumbas de los Pontífices romanos, declara que todas las inscripciones anteriores al siglo vi merecen escaso crédito, y que la primera verdaderamente auténtica data del año 560 de nuestra era y está consagrada al Papa Pelagio I. Por consecuencia, la epigrafía, la arqueología, los monumentos no dan todos los testimonios que debieran de la primitiva historia de los Papas, fundada casi toda ella, hasta cierto tiempo, en tradiciones mas notables por su ardiente piedad que por su sana crítica.

No hay remedio, la historia del Pontificado, como la historia de todas las grandes instituciones, comienza en el misterio. Los cristianos, en el siglo i, confundidos con los judíos, apenas tenian ni siquiera el asilo y el refugio de las Catacumbas. Reuníanse indudablemente en cualquiera de los sitios que